

las clases sociales de acuerdo a la vestimenta. Pero la moda es mucho más que eso. Al igual que miles de otras costumbres, la moda habla de la sociedad y su idiosincrasia, muestra qué elementos son de importancia en una cultura y de qué manera su gente vive y se desenvuelve en un contexto histórico determinado, a su vez que éste influye en el qué y cómo sea esta vestimenta.

Antiguamente, los patrones que regían la moda eran completamente estéticos, despreocupando factores considerados secundarios como la comodidad e incluso el bienestar físico. Hasta comienzos del siglo XX la moda femenina se caracterizó por un perpetuo martirio. La incomodidad y poca libertad de prendas como el «corsé», eran fiel reflejo de las costumbres que reprimían la expresión femenina a las labores domésticas y reproductivas, además, producía serios trastornos en el organismo ya que apretaba todos los órganos interiores.

No era extraño que hasta los primeros años del siglo XX, la forma de vestir de la mujer se halla asimilado más a un objeto decorativo que a una persona.

Durante la denominada «Belle Époque» (1890- 1910), época de riqueza, ostentación y extravagancia, los vestidos almidonados y con enagua de crinolina (falda circular con seis aros de acero flexible que abultaban el vestido), marcaban la pauta.

Esto se ve en las obras de los artista Impresionistas como: “Música en los Jardines de Tullerías” de Manet, “Terraza en Sainte-Adresse” de Monet, entre otros.

Luego comienza a nacer un nuevo ideal de mujer, el que por primera vez fue creado por ellas mismas y no por hombres. La nueva imagen era la de una mujer trabajadora y eficiente, que luchaba por obtener el derecho a voto y que se inmiscuía en los asuntos que hasta entonces eran privilegio del poder masculino. Para representar esta nueva tendencia, el traje de dos piezas, denominado «traje sastre», era lo más adecuado para los nuevos tiempos.

En 1910 se produjo un cambio rotundo en la moda, influenciado por el «Ballet Ruso» que recorría los escenarios europeos. Los colores llamativos y la onda oriental, reemplazó la hegemonía en tonos pastel y las faldas largas. Bailarinas como la sensual Isadora Duncan y la enigmática Mata Hari, se transformaron en íconos de belleza seguidos mundialmente. Gracias a esta nueva moda las mujeres se atrevieron a desafiar los sólidos principios morales que las ataban y comenzaron a mostrar el cuerpo, lo que por supuesto no fue posible sin escándalo eclesiástico y machista de por medio.

Los cuellos «hasta las orejas» dieron paso al escote en «v» y las faldas se acortaron levemente, dejando al descubierto los tobillos, cosa que también causó estupor en la época porque durante siglos las piernas femeninas habían sido el símbolo erótico que «provocaba la lujuria en los hombres» y que por lo tanto, debían ser escondidas.

En 1914 llegó la Primera Guerra Mundial. De dimensiones escalofriantes y trágicas consecuencias para el viejo continente, terminó por completo con la farándula y el lujo de la moda francesa e inglesa, en donde se encontraban las grandes casas de alta costura.

Una vez finalizado el conflicto, en 1918, la falda campana dio paso a los cortes rectos.

En plena época de pos guerra y representando a esta nueva generación de mujeres independientes y modernas, apareció la mítica Coco Chanel. Su estilo cómodo y práctico representaba la revolución femenina y la economía que debía surgir en época de recesión. Por esta razón, introdujo materiales más simples y baratos que el chifflon, el tul y la seda. Creó entonces los trajes de punto, tejidos finos que otorgaban más y mejor flexibilidad para la nueva mujer, la que además ponía énfasis en la práctica deportiva, incentivada por la reciente costumbre de ocupar el tiempo en algo útil. La mujer ya no era una utilidad en sí, sino que «hacía» cosas útiles.

Escuelas como la Bauhaus van a dejar su impronta también en el vestuario.

Con la crisis económica de 1929, la industria de la moda introdujo el lino como material en boga (debido a su bajo costo) y los materiales artificiales como las baratas medias de seda sintética que reemplazaron rápidamente a las antiguas de seda natural y que tenían un elevado costo.

Los 60's fueron años en que la juventud reclamó su intervención y se posicionó de un espacio que antes les estaba prohibido.

La liberación fue producto de una serie de cambios económicos, políticos y sociales, pero fue la música la que principalmente libertó las mentalidades juveniles reprimidas durante tanto tiempo. Fueron años de diversión y de una constante búsqueda de identidad.

La siguiente década empezó con la entrada del crecimiento de esta generación que de a poco fue perdiendo el resplandor de años anteriores.

En ese momento se produjo un furor hacia lo «retro». El no estar conformes con un mundo lleno de conflictos y ambiciones conflictivo los llevó a mirar hacia oriente, específicamente hacia la India y su religión el Hindú. Numerosos artistas como The Beatles y Jane Fonda entre otros, profesaron este culto y lo expandieron por occidente, de cuya experiencia se extrajo una moda que más que una manera de vestir, fue todo un movimiento social: el Power Flower Hippie. Todo en los 80's era grande: peinados voluminosos, joyas grandes, grandes hombreras, gran dinero. Incluso el estilo impuesto era grandioso y eso lo podemos ver claramente en las obras de la artista plástica Cindy Sherman.

Hoy en día podemos decir que la moda dio un vuelco de 180 grados en comparación con la de hace 100 años atrás. Ahora es ligera e individual, enormemente adaptable y para todos los gustos acompañando a un proceso que esta relacionado con el pensamiento contemporáneo, la mirada puesta en el pluralismo, la crisis económica y política mundial.

Para realizar el trabajo los alumnos deberán investigar las tendencias de la moda actual en nuestro país y sus causas. Esto ayudará a integrarlos al mercado de una manera realista y creativa.

La posición del crítico/analista ante el acontecimiento audiovisual.

Eva Laura Poncet

Cualquier producto audiovisual nos coloca siempre y antes que nada en la posición de espectador. Posición que, si bien uno puede plantearla relajadamente, pensando en disfrutar de un momento de esparcimiento y distensión, no puede dejarse de pensar en forma constructiva y dinámica. Lejos que-

daron aquellas teorías que suponían un espectador pasivo y contemplativo. El espectador y su momento receptivo, es parte integral del proceso audiovisual, su mirada no es inocente, se posiciona como receptor munido de esquemas previos, hipótesis ya hechas, así como también deseos y expectativas que motivan su búsqueda. Es importante enfocar con claridad este momento del proceso audiovisual, ya que como creadores y productores, así nos desarrollemos en publicidad o comunicación, o nos aboquemos a productos cinematográficos o televisivos, no podemos descartar la importancia que el momento receptivo tiene en el proceso total. Debemos pensar las variables sociales e históricas que se cruzan en él, y en las características individuales y grupales que lo determinan; así como también debemos tener presentes la construcción que nosotros hacemos del espectador medio desde nuestras expectativas, y la posible efectividad que buscamos con nuestro producto según nuestros fines.

Por otro lado, es necesario tener en cuenta este aspecto del proceso audiovisual, cuando somos receptores. No sólo cuando somos espectadores, que lo somos siempre; sino también como analistas, como teóricos y como críticos. Ser concientes de las posibles variables que se articulan en nosotros como receptores, y potenciar en cierta medida la productividad de este momento del proceso. Conocer los diferentes mecanismos que dinamizan la posición del espectador, nos ayuda a discernir con claridad, y a abordar con mayor profundidad el proceso audiovisual que se nos antepone. Ser concientes de la conjunción de parámetros que se articulan en nosotros (sociales, históricos, culturales, psicológicos, preferencias, etc.) nos da las claves para plantear con la mayor objetividad posible nuestra tarea de analistas o críticos. Es necesario y fundamental abordar este proceso dejando de lado nuestros gustos personales, nuestros estados anímicos ocasionales, y nuestros prejuicios en general. Ser críticos de una obra audiovisual no significa decir que es buena o mala, regular o excelente. Ser crítico es ir al fondo de la obra, al análisis de sus intenciones, y a la evaluación de sus objetivos logrados en base a éstas. Es buscar los puntos valiosos si los hay, ponerlos en correspondencia con la obra misma, y también con otras obras. Es evaluar el lugar que le corresponde a esta obra en su momento histórico. Existen muchas otras variables a tener en cuenta, a pesar de que se hayan nombrado sólo algunas. El crítico/analista debe ser lo suficientemente abierto y creativo para lograr encontrarlas y exponerlas. Sobran ejemplos de casos y artistas, que incomprendidos por sus congéneres, sólo encontraron el reconocimiento que el tiempo de la historia restituye con justeza. ¿Cuántas obras de arte que hoy cuelgan en espacios privilegiados en los museos y que cotizan millones, fueron denostadas por la crítica contemporánea? Por otro lado, tampoco hay que dejarse llevar por modas pasajeras, que sobreestiman determinados acontecimientos artísticos, sin preguntarse demasiado por su verdadero valor.

Saber “mirar”, con todo lo que esto incumbe. Estar abiertos y, por sobre todo, desplegar todo el poder creativo que puede fluir libremente en la experiencia de ser espectadores. Ya se señaló más arriba, que ser espectador es un acto dinámico, no pasivo. Siempre ejercemos esta opción, conciente o inconcientemente. Está en nosotros el empleo que hagamos de este saber “mirar”. No olvidemos que los procesos creativos se consolidan o no, a lo largo de la historia, más allá de opiniones y políticas. El poder creativo del crítico/analista, sirve para preanunciar estos movimientos y entenderlos más acabadamente. No lo desaprovechemos.

¿Cómo enseñar a preguntar?

Silvia Porro

Cuando al alumno se le plantea un tema y se lo aborda desde lo teórico y se va preguntando a lo largo de la clase si entienden, generalmente contesta que sí.

Grande es la sorpresa que nos llevamos cuando al plantear un trabajo, esos alumnos que contestaron afirmativamente comienzan a tener tantas dudas que nos llevan en algunos casos al comienzo del tema ya tratado o lo que es peor, al concepto fundamental del mismo.

Eso hace que cunda el desaliento en el aula y sentimos que la explicación no fue la correcta.

Desaliento para el profesor y para los alumnos que realmente creían haber entendido.

Sin embargo básicamente lo hicieron o creyeron hacerlo, sino, no se entiende porqué no formularon antes esas preguntas.

¿Qué pasó?, la explicación no fue clara?. No estaban escuchando?, ¿no fue amena la clase?, ¿se aburririeron y no nos siguieron hasta el final?, ¿fue demasiado larga la disertación?

Sin embargo cuando el alumno al retirarse del aula agradece al profesor, es porque esta fue por lo menos agradable y diría más, si agradece es porque cree haber aprendido y haber sacado provecho de la misma.

¿Por qué entonces en el momento de la aplicación de los conocimientos comienza a dudar? y recién ahí pregunta.

Es desidia?, vergüenza ante los compañeros?

Esto me ha pasado muchas veces y me llevó a invertir el orden del aprendizaje para que aprendan a preguntar.

Sobre todo para que se pregunten a sí mismos si es correcto lo que entienden.

Hasta los más sagaces se dan cuenta que el planteo del profesor no iba por ese lado sino por otro, cuando alguien se atreve a hablar y la respuesta no es la que esperaban.

A veces una pregunta capciosa o el interrumpir la clase con un interrogante a uno mismo, hace que todos despierten de la pasividad del pensamiento lineal para dar rienda suelta a la incorporación real del concepto que se está tratando.

Cuando se plantea un trabajo práctico antes de comenzar con el tema designado se obliga al alumno a no pensar en abstracto, sino en la aplicación inmediata de los conceptos que está escuchando y se logra que el problema más importante para él, poder resolver el trabajo para aprobar, lo motive de tal manera que sus preguntas referidas a la práctica lo llevan a la mejor comprensión del tema.

Pero entonces al profesor le surge la duda ¿comprendieron el concepto? Lo podrán aplicar en otro contexto?

Es acá donde con un viraje abrupto puede sacar nuevamente al alumno de la linealidad, planteándole otra duda sobre lo que entendió y llevándolo al meollo fundamental de la comprensión del tema que deseáramos que fuera total.

Hacer que pregunten no sólo hace la clase más amena, los obliga a participar desde el cuestionamiento a sí mismos y al profesor, lo que por supuesto puede a veces ponernos en un aprieto del que debemos saber salir airosos.

Este proceso de obligarlos a preguntar por el afán de resolver un problema puntual, hace que pierdan el miedo a la pregunta fuera de lugar, pues sin la respuesta puede ser que no aprueben el trabajo que se les planteó, hace que aprendan a escuchar a sus compañeros, pues ahí también pueden estar sus propias dudas, esas que todavía no se plantearon y que en algún momento les surgirán.